

varos a la compañía de sus esposas que en el cielo tiene. Mucho os quiere honrar allá, no procuréis la honra de acá: con el olor de tan excelente convite no es razón que os hartéis con la vileza de acá, que no hay en la tierra cosa que sepa (1) bien a quien un poquito gusta de sabor celestial. Volved las espaldas a todo, que presto lo habéis de dejar, y no pongáis vuestro corazón en lo que tan presto se pasa. Muy poco es lo que por Dios podéis pasar, aunque vos sola pasádes todo lo que se puede pasar; porque mirando al infierno que habéis merecido, y al paraíso que os ha de dar, pues os ha puesto en el camino, y a lo que Él por vos pasó, no es de poner en cuenta ni mirar lo que vos pasáis o pasaréis. Tened a Dios por tan precioso, que todo lo que os costare penséis ser muy poco; y que aunque os cueste la vida, que lo compráis muy barato.

Allá veréis cómo no fuisteis engañada en el trueque que habéis hecho; mas viendo llamar de *locos* y *malaventurados* a los que pusieron aquí su corazón, y embaucados con esto presente, olvidaron lo que Dios prometió, daréis alabanzas a nuestro Señor, que yendo vos engañada os desengañó; y mirando a la tierra, os alzó los ojos al cielo; y siendo esclava de la vanidad, os hizo hija de Él; y viviendo sin la esperanza de las promesas divinas, os ha puesto en camino para que podáis esperar que Él os ayudará a bien vivir, y después a bien morir; y acabado este destierro, os lleve a la tierra de los vivos, que es la presencia clara de Dios, adonde tengáis tanto bien, que a sólo Dios pertenezca conocerlo, así como a Él sólo pertenece darlo y poderlo dar. Y esto hará el Señor, no por vos, sino por Él, *porque es bueno y para siempre su misericordia* (Ps., 117, 1). Al cual por todo y de todo y en todo sea gloria y alabanza por todos los siglos de los siglos. Amén.

(1) *Sepa*; la edición de 1578, *saber*.

86.—PARA LA CIUDAD DE UTRERA (1).

Del descuido que hay en buscar los verdaderos bienes, y cuáles son; y de la obligación que tienen los que rigen los pueblos; y cómo se habrán los súbditos con ellos, y todos entre sí.

1. La gracia y paz de Jesucristo sea siempre con vuestras mercedes.

Lo mucho que conozco que debo a ese pueblo, y lo mucho que veo que de él soy amado y le amo, me hace vivir con cuidado de cómo no hago obras con que sirva algo de lo mucho que debo, y se manifieste lo que amo. Por lo cual me pareció, ya que por presencia no puedo amonestaros, señores y hermanos, por carta lo haga, y deciros que busquéis a Aquel que sólo es bien verdadero, y suficiente hartura de nuestros deseos, esperando en Él, que conforme al amor con que soléis oír las palabras de Dios por mi boca, y al deseo con que os la[s] hablo, pondrá nuestro Señor su potentísima mano en vuestros corazones, para que la palabra que mi pluma escribiere en aqueste papel, la escriba su poderoso dedo en vuestras almas, y quede la mía alegre con veros hechos *carta*, escrita con el dedo de Dios, transformándoos en Él y semejables a Él, para perpetua gloria suya y provecho vuestro.

2. Gran descuido ha caído en los hijos de Adán acerca de lo que a sus ánimas cumple, andando a porfía la bondad de Dios para hacerles mercedes, y nuestra malicia para buscar nuestros males. Quien bien considerase cuánto cuidado ha tenido Dios de nuestro remedio, daríale muy entrañables gracias por haberse querido ocupar tan de hecho en el bien de una criatura que tan poco a Él importa; y condenaría a los hombres por muy culpados, por no querer aprovecharse de remedio tan grande. ¡Qué cosa es considerar cómo, estando Dios enojado con los hombres, y no sin causa, mas con muy sobrada, y tan justa, que muy justamente nos pudiera enviar a tormentos eternos, quiso antes salvarnos y perdonarnos que condenarnos. y tomar por hijos a los que habían sido malos esclavos! ¡Oh bondad sin término: y cuán sin término nos amaste, cuando (*Jn.*, 3, 16) *tanto amaste al mun-*

(1) Esta carta no se halla en Montaña, aunque sí en la edición «Apostolado», de 1927.

do, que diste a tu único Hijo, para que todo hombre que en Él creyere, e hiciere penitencia, se salve! Y siendo Tú el injuriado y quejoso, rogaste al injuriador con la amistad; y porque ésta no se podía hacer sin que la injuria a Ti hecha se satisficiera, Tú mismo diste al culpado con que pagase, para que viese que de verdad tenías gana de su amistad, pues de gracia le perdonabas, y tan a tu costa le dabas con que te pagase.

3. Cosa, Señor, es ésta tan nueva, que dices tu Hijo inocente para que el pecador tu deudor, cuando con el debido aparejo recibe tus Sacramentos, tomase de sus tormentos, y pagase sus deudas (conforme a la disposición que llevare a recibir tus Sacramentos, y más por parte del Sacramento) y gozase de sus abrazos el que merecía tu maldición. ¿Quién nunca tal oyó, que entregue Dios a su Hijo a cruel muerte de cruz, para que los que merecían muerte de infierno alcancen con la buena vida vida del cielo? ¡Condenan al inocente, y absuelven al culpado! ¡Y que maldigan al bendito de todos los siglos, para que caiga sobre los malditos aquella bendición soberana (Mt., 25, 34): *Venid, benditos del mi Padre, y poseed el reino que os está aparejado desde el principio del mundo!* Muere la Vida, y viven los muertos. Deshonran la honra, y son los despreciados levantados a tanto precio, que sea Dios Hombre su precio. ¿Qué diremos a estas cosas, pues tanto Dios nos amó, que por nos (Rom., 3, 32) *no perdonó a su propio Hijo, mas entrególo por todos nosotros?* Esta es la paz de toda parte firmísima, que Dios había prometido de enviar al mundo, diciendo (Jer., 29, 11): *Mirad que yo pienso pensamientos de paz sobre vosotros.* Ciertamente, gran paz es ésta, que esté Cristo entre el Padre y nosotros, y ofrecido por nuestros pecados, los deshace todos, cuanto es de su parte. Porque más sin comparación agrada al Padre aquel valeroso y poderoso sacrificio de su propio Hijo precioso en la cruz, que le pueden desagradar todos nuestros pecados. Grandes voces dan nuestros pecados, pidiendo venganza a las orejas de la justicia de Dios; mas muy mayores voces da la sangre de Cristo pidiendo perdón para el penitente. Porque como dice San Pablo (Hebr., 12, 24): *Allegado os habéis a un derramamiento de sangre, que da mejores voces que la de Abel.* Aquella pide venganza, ésta perdón: aquella justicia, ésta misericordia para todo el mundo, y aun para los mismos que la derra-

maron, si penitencia hicieran; pues ya no suenan los pecados, por muchos y grandes que sean, porque la sangre del inocente Cordero los hace callar. ¡Oh sacrificio muy más poderoso que la culpa de Adán y nuestras ofensas! ¡Oh peso que vales a Dios, y por eso haces que vuestras ofensas no pesen, por pesadas que sean! ¿Quién es aquel que no agradece esta gran misericordia, y no goza de tan gran medicina? El que pone duda en este valor, infiel es como Caín, que por conocer *su propia maldad* (*Gen.*, 4), no conoció la bondad de Dios.

4. Y quien cree tan gran precio y remedio, ¿qué hace que no lo toma con la penitencia? Esto es lo que sobre toda manera es de sentir, ver el remedio venido, y estar los pecados todos perdonados de la parte de Dios, y que haya hombres que se están adeudados con ellos, por no querer hacer penitencia, como si Cristo no hubiera muerto. La paz, en la cruz se ganó; pues ¿por qué están muchos enemistados con Dios? Abierto es el cielo; ¿por qué los hombres lo cierran con sus pecados? ¡Oh dolor! ¿Que haya hecho Cristo una medicina para nuestras ánimas, con la cual sanemos de nuestras graves y pestilenciales enfermedades de las pasiones, y que nos estemos tan sujetos a ellas como si no hubiera venido la medicina, o como si costara tan barato, que fuese poco lo que perdiésemos? Trabajo costó a Cristo la humildad. ¿por qué no la tomas? Entrañable dolor le costó tu descanso; ¿por qué tienes tu ánima entristecida con remordimientos de la mala conciencia, pudiendo gozar de gozo y descanso, que de la presencia del Espíritu Santo nacería en ti? Pues la carne de Cristo fué azotada y crucificada para que la tuya fuese casta por Él; ¿por qué no eres casto? ¿Así tienes en poco sus trabajos inmensos? ¿O piensas acaso que no le dolía su sagrada Pasión? Oye que dice Cristo por Isaías (43, 24): *Servir me hiciste por tus pecados, y trabajo me diste en tus maldades*. Era el hombre siervo de los pecados, y sirvió Cristo por él padeciendo penas; comió el hombre la manzana dulce, y causó acedia al gusto del Justo. ¿Qué misericordia es ésta, Señor? ¿Quién nunca vió hombre siervo de otro, por mucho que le amase, ni por mucho galardón que de él esperase, que quisiese servirle de cada y cuando que el otro enfermase de hacer excesos, que sangrasen y purgasen a él por el otro, y lo que es más, que si el otro hurtase, que le azotasen a él, y si fuese traidor, que lo matasen a él y dejasen al otro? No se halla este amor

en la tierra, ni entre iguales con iguales, ni entre menores con mayores, ni entre parientes ni amigos; y hallóse en Jesucristo nuestro Dios y Señor que se obligó Él a servir por nuestros pecados, pagando lo que nosotros habíamos hecho y merecido con nuestros excesos. ¡Oh Dios eterno, y sirviente de hombres! ¿Y quién no se confunde de su soberbia, oyendo decir al Hijo de la Virgen (Mt., 20, 28) que *no vino a ser servido, sino a servir, y dar su ánima en rescate de muchos?* Y dijiste, Señor (Lc., 22, 26), *que quien era mayor que se hiciese menor, y quien precedía, como quien fuese esclavo, a semejanza de Ti*, que tanto te abajaste a servir a los hombres, no tan sólo con buenas palabras, mas con recios azotes y muerte de cruz.

5. Aprended, mayores, a trabajar por los menores; aprended, regidores y jueces de pueblos, a buscar el bien común, aunque sea con vuestras pérdidas de haciendas y muerte. Las veces tenéis de Aquel que por ser buen Pastor, murió Él por el pro de sus ovejas; pareced en el amor a Él, pues parecéis en la dignidad. Oficio público tenéis, no tengáis corazón particular: no miréis lo que a solos vosotros cumple, mas lo que a todos, aunque con daño vuestro. El lugar que tenéis es para aprovechar a todos, y para que tengáis un acuerdo del bien común con olvido del vuestro. No es el pueblo ordenado para vuestro provecho, mas vosotros para el del pueblo. De Dios esperad el galardón y descanso de vuestra administración; que acá no esperáis sino trabajos por el bien público, contradicciones por hacer justicias. Bien tiene Dios con que os pague, si os atrevéis a perderos en este mundo por la ganancia de sus ovejas que os encomendó. No os faltará el galardón, si no os falta la lealtad del servicio: ni tampoco el tormento, si desleales os hallare. Presto probaréis lo uno o lo otro; porque escrito está (Sab., 6, 6): *Presto y espantablemente os aparecerá Dios; porque juicio duro será hecho a los que tienen mandos.*

6. Y vosotros, hermanos, a quien Dios puso debajo del yugo de vuestros mayores, mirad que así como ellos son obligados a os amar como a hijos, así vosotros sois obligados a los reverenciar como a padres; habéislos de amar entrañablemente; ni en presencia ni en ausencia no decir cosa que no sea razón. Manda el Apóstol San Pablo (Rom., 13, 5) que los cristianos sean sujetos a los jueces, aunque infieles; ¡cuánto más lo debemos ser a los que son partícipes en la creencia de Jesucristo, y herederos del reino de Dios!

Manda que les seamos obedientes, *no sólo por el temor del castigo, mas por la conciencia*; dando a entender que agrada a nuestro Señor la reverencia y obediencia de corazón a los que rigen. Sean, pues, los mayores benignos para con los menores, buscando el bien de ellos; mas los menores no los desprecien por los ver abajar, antes tanto más los honren, cuanto más ven que no quieren usar de majestad, por mirar a la caridad. No debe ser en poco estimado, quien por amor se desprecia.

7. Y todos generalmente guardad la unidad del corazón, que Cristo oró al Padre diciendo (*Jn.*, 17, 22): *Quiero, Padre, que sean una cosa, así como Tú y Yo somos una cosa*. No haya división—que es cosa del infierno—entre los llamados a la santa cristiandad que se llama Reino de Dios; no traigan pleitos por disensión los que son hijos de paz; no haya maldiciones entre los que esperan poseer el reino de Dios por una bendición; no haya envidias entre los que son miembros de un cuerpo, entre los cuales el uno se goza del bien del otro, y se entristece del mal; no fantasías entre los que adoran a Aquel que el jueves de la Cena se hincó de rodillas delante de sus discípulos, y después de los haber lavado los pies, dijo (*Jn.*, 13, 15): *Ejemplo os he dado, que así como Yo he hecho, así hagáis vosotros*. No tenga lugar la codicia entre los que oyen (*Jn.*, 13, 34): *Mi mandamiento es que os améis unos a otros como Yo os amé*. Sed, pues, hermanos, tales, que (*Mt.*, 5) vuestra *vida glorifique a vuestro Padre que está en los cielos*; sed tales, que deis testimonio que sois hijos de Dios, y que esperáis su reino, que nunca se acaba. Daos priesa a sembrar *en trabajos y lágrimas* (*Ps.*, 125), que *en alegría cogereis*; sembrad, no en carne; porque de ella no sacareis sino muerte, mas en espíritu, que da vida (*Gal.*, 6, 10): *Mientras tiempo tenemos, obremos bien a todos, aprovechemos a todos*; ninguna oportunidad para hacer dejéis pasar sin ponerla por obra. Para esto es la vida presente, para ganar la otra. No hagáis del camino fin: en el cielo esperad vuestro bien; acá poneos a lo que Dios quisiere, que es trabajar. Consolaos con la buena esperanza que Cristo nos dió de su Reino. Mirad por los enfermos, y recreadlos; por los hambrientos y necesitados, y ayudadles; dad tierra, y dad ros han cielo.

No perdáis vuestra buena costumbre de confesar y comulgar a menudo, porque no digáis (*Ps.*, 101, 5):

Mi corazón se secó, porque me olvidé de comer mi pan
Sed amigos de la palabra de Dios leyéndola, hablándola, obrándola.

Tened paz en vuestros corazones, obedeciendo en ellos a Cristo, y contentaos con aquello que Él os envía; servidle como El quiere, y no como vosotros queréis. Tened paz en vuestras casas, mirando cada uno no sea pesado a su compañía. Tened cuidado de bien doctrinar a vuestros hijos por halagos y castigos.

Amaos todos en Cristo, y seréis todos ricos; porque siendo los corazones unos, también lo será la hacienda. Sed cuidadosos de vuestras costumbres, sed apacibles a vuestros prójimos, sed hijos de obediencia a Dios nuestro Señor; y en galardón de estas cosas esperad el reino de Dios, adonde plega a Él nos veamos

87.--A UNA MUJER DEVOTA

En Adviento. Enséñala cómo ha de aposentar al Señor.

El cuidado de aparejar posada a nuestro Señor y de saberlo tratar, no se debe pasar por alto en el tiempo que el Señor viene a convidarse consigo mismo, deseando aposentarse en nuestras entrañas. Y si esta merced entendiésemos, bastaríamos para engrandecerle a Él, y estimarnos a nos y desestimar todo lo que acá hay. ¿Qué mayor grandeza de Dios, que no tomar asco de nuestras llagas, y bajarse a morar en nosotros, siendo los cielos chicos e impuros para ser casa de Él? ¿Qué cosa es ver a Dios a la puerta de una ánima, llamando y rogando que le dé posada para bien de ella? ¿De qué me maravillaré más, de pedir Dios, o de negarle su criatura lo que le pide su Criador? ¿de convidarse Dios, o desconvidarle la criatura? ¡Oh hijos de Adán ciegos! ¿a quién decís no? ¿a quién cerráis la puerta de vuestro corazón, pues éste es el que lo hizo, y el solo que lo puede contentar y hacer bienaventurados? Dios os quiere, y no le queréis; miraos Dios, y volvéis las espaldas vosotros; y siendo amados, desamáis.

No seamos, señora, de aquéstos; agradezcámosle que nos quiere por casa, pues Salomón le agradeció que le dió licencia para hacerle una casa fuera de sí. Oigamos este mensaje de Dios, que quiere venir a nos. como le oyó la bienaventurada María, que toda se

ofreció por esclava de Dios (Lc., 1), y conozcamos esta merced; y tengámonos por indignos de ella, diciendo con San Juan (Mt., 3): *Yo tengo de ir a Ti, ¡y Tú vienes a mí!* Y pónganos cuidado la grandeza del Huésped para ataviarle la casa, aunque no como su alta dignidad pide, mas a lo menos cuanto nuestra flaqueza pudiere; pues que en ninguna cosa nos podemos y debemos mejor emplear, que en dar posada apacible al que nos crió, y a quien la ha de ser nuestra en su reino. Volvamos las espaldas a todo, por volver a este Señor los ojos, y tratemos con Él, de manera que comencemos aquí los negocios de su amor, que duren para siempre en el cielo, pues esta vida no nos fué dada sino para ganar la que no tiene fin en compañía de Dios y de sus cortesanos. La humildad le pone el cimiento a la casa, las paredes las cuatro virtudes, el alto de ella es la caridad, porque es cumplimiento de todo.

Déla Cristo a vuestra merced tanta gracia, que ella dé a Él todo su corazón, y Él a ella a sí mismo.

88.—A UNA SEÑORA.

Penada por la ausencia de su hijo. Animándola a padecer por Cristo y a imitación de la Virgen Santísima.

SEÑORA:

1. Sospecha tengo que vuestra merced está trabada; y aunque yo mucho desee su consuelo, más desee su provecho; y por eso más la querría ver con penas y con paciencia, que con descanso y con devoción. Porque más agrada a Dios la obediencia en los trabajos, que las gracias que le damos en la prosperidad.

2. Acuérdesse de los trabajos de la Virgen nuestra Señora; que en el sólo trago de la Pasión de su Hijo, y en aquella tan penosa vista cuando le vió llevar a justiciar con tan pesado madero a cuestras, tan deseado que apenas le conocía, pasó más pena que todas las madres con el no ver a sus hijos. Mire cuántos tormentos sentiría la que vió delante sus ojos pasar al que más que a sí misma amaba. ¿Qué sentiría cuando en sus brazos tuvo muerto, y tan maltratado, al que conocía ser Hijo de Dios y suyo? Y después de resucitado y subido a los cielos, estuvo muchos años

ausente de Él, con mucha más pena que las otras madres, porque más que todas amaba a su Hijo bendito. Pues si nos preciamos de ser servidores de nuestra Señora, ¿por qué no la acompañaremos en sus trabajos? Si alzamos nuestros ojos a la mirar cómo estaba al lado de la cruz de nuestro Señor, miremosla con corazones atribulados, conforme al que Ella tenía. Porque no se huelga un desconsolado que lo vayan a hablar con corazones muy alegres. Y así, quien quisiere la comunicación de nuestra Señora y de su Hijo bendito, quiera también parte en sus penas. ¿Cuándo a tal Hijo y tal Madre faltaron en este mundo trabajos? ¿Cuándo vino placer, que no fuese luego mezclado con gran desconsuelo? Toda la vida no fué sino un penoso destierro, y una muy grave cruz, y hasta que de aquí salieron no supieron sino tormentos: y ya que descansan, no quieren que sus servidores tengan ojo a lo que ahora tienen, mas a lo que cuando aquí vivían pasaron.

3. Señora, el descanso guardado está, y muy grande es; echemos mano aquí del trabajo. Muchos hay que son amigos de mesa de nuestro Señor, mas pocos de tribulación; y de estos pocos conviene que seamos si queremos ser sus amigos. Ayudémosle a beber su purga, y en aquello se verá que le queremos bien. No es pequeño negocio ser amigos de Jesucristo, y sólo el padecer declara quién es amigo fingido o verdadero. Y aunque amargue este trago, bébalo; que si mira por quién se bebe, cuán presto se pasará, y cuán grande será el galardón, sabrá muy bien, por el gran dulzor que en él hallará, y se quejará porque le dan tan poquito de él. Enséñese a amar, pues que es amada; y sepa que aquel ama de verdad a Dios, que del todo se da a Él y ninguna cosa deja de sí para sí. No haya miedo de ponerse y perderse en las manos de Dios, que todo lo que en ellas se pone queda salvo, y lo que no, será perdido sin falta. Sentencia es del Salvador (Jn., 12): *Que quien se ama se perderá; y quien se pierde, se ganará.* No mire a lo presente, que cuantos a ello han mirado han sido engañados; alce sus ojos al cielo, para donde fué criada, y pida que la lleven allá, y cueste lo que costare.

4. Ninguno de cuantos allá están pasó aquí sin mayores trabajos que vuestra merced tiene; y si algunos los pasaron menores, en purgatorio los pasaron más recios sin comparación. Porque ha ordenado nuestro Señor que ninguno goce de sus gozos, si no tuviere

aquí parte en sus penas. Y pues con sus amados, que allá ahora tiene, esta ley ha guardado, no nos llamemos nosotros agraviados, ni queramos, aunque en nuestra mano estuviese, pasar por aquí, sin acompañar a Cristo y a su Madre en sus penas. Este es el camino del cielo, andemos por él. Este es purgatorio de nuestros pecados; no nos parezca mal. Esta es la empresa de que los amigos de Dios se han de arrear, que el pasar placeres, quienquiera lo hace. Acuérdesse de lo que nuestro Señor nos ha dicho (*Jn.*, 16), como quien bien sabía lo que había de acaecer: *En verdad, en verdad os digo, que llorareis y plañiréis (1) vosotros, y el mundo se regocijará. Vosotros os entristeceréis, mas vuestra tristeza será en alegría tornada. La mujer cuando pare tiene tristeza, porque ha venido su hora; mas cuando ha parido niño, ya no se acuerda de la apretura, por el gozo de que ha nacido hombre en el mundo. Y así vosotros ahora tenéis tristeza; mas otra vez os verá, y gozarse ha vuestro corazón, y vuestro gozo ninguno os lo quitará.* Esto dice nuestro Señor; y, por tanto, hasta que nazca este hijo, olvide estotros; y hasta que el Señor la vea sufra con paciencia su destierro; que más presto vendrá que piensa.

89.—A UNA SEÑORA

Temerosa de parecer delante de Dios; animándola que confie en el Señor, y mirando a su majestad vaya delante de Él (1).

SEÑORA :

1. Déme licencia para reñirle, no porque tiene desconsuelos, ni lo que me escribe; que aquello, cruz de Cristo es, y muy preciosa, y nunca ella tanto bien mereció, de ser ejercitada de sus enemigos porqu sirve a Cristo; mas riñole, porque no se acuerda de las palabras que de parte de nuestro Señor le he dicho, con las cuales no sería menester que de nuevo le diese aviso; y esto, no por huir mi trabajo—que más pasaría—, sino porque ella no perdiese lo que podría ganar si fuese avisada. No tengo que le decir cosa de nuevo, sino acordarle lo que le he dicho: que su llamamiento

(1) *Plañiréis*; la edición 1578, *plantearéis*.

(1) Esta Carta no se lee en las ediciones modernas.

fué del celestial Padre, que por merecimiento de su Hijo, la quiso tomar por hija, y como a tal mantenerla y tratarla, ya con consuelos, ya con desconsuelos; que así trata Él a sus hijos. Él es el que la ha guiado hasta aquí, y la ha tenido en su amistad; y si Él con ella no hubiera andado, no hubiera estado en pie; y débele gracias por el camino en que la puso, en el cual valen más los desconsuelos, que en el otro los consuelos.

2. Marañas son del enemigo para le quitar la confianza, y desbaratarla toda, como a quien le quitan el arrimo que la sustenta: que no es menor tentación la vergüenza de ponerse delante de nuestro Señor. Porque si mira a sí misma, nunca lo merece; si a los merecimientos de Jesucristo, siempre puede llegar con corazón arrepentido y humillado; y no había ella de turbarse por esas cosas, pues tiene doctrina que ha de orar como quiera que se sienta, y gastar buenos ratos en ello. Suplícole tenga vigor en su ánima para despreciar estas cosas; que si siempre aquí se está, nunca saldrá de pañales, ni gozará de lo que desea, que es el trato del amor. Asiente ya con confianza que el Señor la ama, y es con ella; y si alguna duda viniere, como en este mundo suele venir, pelee con ella, y pase adelante. Y si esto vence, entenderá en cosas mayores; que es ya vergüenza estar tanto tiempo engañada del enemigo con esta flaqueza del corazón.

Plega a Cristo de le dar su virtud para que con mucho ánimo le sirva; que esto es lo que más ha menester.

90.—A LA SEÑORA DUQUESA DE ARCOS (1)

Que sentia varios espíritus de amor y temor, rigor y blandura. Declárale lo que son estas cosas, y cómo se ha de haber en ellas.

1. Leído he con atención, y más de una vez, las dos cartas de V. S.; y después de haber pedido a nuestro Señor lumbre para responder a ellas, me parece que veo a Rebeca preñada de dos hijos, y que *el uno pelea contra el otro* (*Gen.*, 25, 22), y a las ve-

(1) Eralo Doña María, hija de la marquesa de Priego, familia tan favorecida por la santa amistad del M. Avila. (Véase la edición «Montaña», t. I, pág. 393.)

ces prevalece el malo contra el bueno. Y paréceme ver un Abel justo, y un mal Caín envidioso, hasta desear y procurar la muerte a su buen hermano (*Gen.*, 4). Y paréceme que veo un Faraón, que no quiere que viva varon del pueblo de Dios (*Exod.*, 1), y un dragón acechando a una mujer, para en pariendo, tragarle su hijo (*Apoc.*, 12). Y para que más claro parezca lo que digo, que anda el tirano Herodes por matar a Dios Niño (*Mt.*, 2), nacido en el portal de Belén. Mas acuérdesese V. S. que, siendo Dios consultado sobre la guerra que sentía Rebeca en su vientre, por la cual estaba tan penada, que llegó a arrepentirse por haber deesado los hijos y por haber concebido, responde Dios (*Gen.*, 25, 23): *Dos gentes están en tu vientre, y dos pueblos saldrán de ti; y el uno vencerá al otro, y el mayor servirá al menor* (2).

2. En el angustia que esta preñada tenía por la guerra que dentro de sí sentía, podrá ver vuestra señoría la que tiene dentro de sí. No hay paz entre los dos espíritus que dentro de sí siente V. S., como no la había entre Jacob y Esaú dentro del vientre de su madre Rebeca. Y no quería que hubiese llegado la pena hasta hacerle decir lo que Rebeca dijo: *Si así había de ser, ¿para qué era menester concebir?* Palabra es de persona amiga de descansar en esta vida, y por no pelear, quiere quedarse sin merecer la corona que excede todo ser y valor: la cual no es otra cosa sino el riquísimo y abundantísimo Dios. No sea vuestra señoría como los flojos de Israel (*Ex.*, 16), que a cada cosita trabajosa que se les ofrecía en el desierto, luego se quejaban y se arrepentían de la salida de Egipto; mas ponga sus ojos en quien la sacó, que Él la defenderá del calor *del sol* que no la quemé, y de la luna y frío y tinieblas, de la noche (*Ps.*, 90), para que no encuentre con malos encuentros, pues que Dios ha tomado a su cargo este negocio, y mandado que confíe de Él.

3. Viniendo más en particular a la respuesta de sus cartas, digo que casi cuanto hay que responderle todo le está ya respondido de parte de nuestro Señor; sino que ella no asienta en ello, ni sabe valerse con el adversario, aunque le han dado armas con que lo vencer. Entienda V. S. que el espíritu que está dentro de ella, y la convida con amor y confianza y anchura de corazón y blandura, es espíritu de Dios y de

(2) Véase la Carta 96, n. 3.

verdad; y el que la estrecha, y hace dudar, y desmayar, y enojar contra Dios y contra los prójimos y contra sí misma, y parecerle todo mal, es espíritu del demonio y de mentira. Y esta diferencia nota la Santa Escritura que había entre Jacob y Esaú, que *Jacob era blando, y Esaú lleno de vello blanco y áspero*. Y en esto está engañada, pensando que esos males que siente en el corazón son de su propia cosecha, no lo siendo. Porque cierto es que el espíritu sólo de vuestra señoría no sería tan desacatado contra nuestro Señor, ni tan malicioso, ni tan ignorante, como parece en las cosas que en ella pasan. Porque hacerle entender que en todo cuanto hace peca, y aun mortalmente muchas veces, es cierto ser mentira y del demonio pues ella misma entiende y ve que no hay tal. En conclusión, entienda V. S. que, aunque en su corazón hay algunas raíces de mal, como en corazón que viene de Adán, lo edificado sobre ellas, del demonio es, y los alborotos levantados, del demonio son por matar a Jesús, que en su anima ha nacido por su sola bondad. Y ésta es cosa tan usada en este camino, que casi no hay quien por esta ley no pase. porque en contrapeso de gozar de Dios, le han de dar que sufra al demonio. Y pues es ley tan general de que Dios usa con sus amigos, pase vuestra señoría por ella, pues es una de ellos, y asiente en su corazón que esto ha de ser así, y que por aquí van al cielo. Y conociendo quién es cada uno de los que hablan dentro en ella, será cosa fácil alcanzar victoria; pues descubierta la verdad, la creemos, y descubierta el engaño, lo descreemos y lo aborrecemos.

4. La muerte de las afecciones a toda criatura que Dios le pide es muy justa; y así está dicho por boca de San Pablo (1 Cor., 7): *Los que tienen mujeres, como si no las tuviesen; y los que usan de las cosas de este mundo, como si no las usasen*. Y esta muerte no quita el amor de los prójimos, ni quita el amor de las cosas de Dios; porque como después de la muerte del Señor vino su Resurrección, así después de esta muerte de todas las cosas viene una resurrección, que es una nueva vida. en la cual el ánima se alegra con todas las criaturas de Dios, y las ama y abraza, gozando de ellas en el mismo Dios. Y esto es lo que le han dicho, que puede amar al Señor en Sí mismo, y lo puede amar en (3) todas las criaturas. y gozar de

(3) *En*; las ediciones de 1578 y 1595, *con*.

Él en ellas. Y pues lo dejan en su elección, haga lo que más paz diere a su corazón, pues es señal que aquello es lo que más a Dios agrada; con condición, que viva con cuidado no se pegue el corazón tanto a ellas, queriendo amar en ellas a nuestro Señor, que sienta que se le aparta el corazón del amor de Dios. Mas mientras no hubiere este peligro, sino un amoroso talante para con Dios en las criaturas, goce enhorabuena de Él en ellas; aunque más veces debe usar el amar y gozar del Señor en sí a solas, porque es cosa más lejos de los peligros, que de la memoria de las criaturas suelen venir. Así que no le pese de morir tal muerte, pues es medio para alcanzar mejor vida, que es vivir a Dios, y no sin gran gozo de V. S.

5. La confianza que ha mandado el Señor que tenga en Él, es justo que la tenga, pues le enseñó el abundantísimo mar de su amor, que no tiene término. Y no la engañe el maligno espíritu, diciéndole que el amor que Dios le tiene mostró tenerlo a todos; y con ser así, se pierden muchos por no se aprovechar de él. Porque una cosa es amar Dios, cuanto es de su parte, a todos, y ayudarles para que se salven, y otra cosa es amar con afecto más particular, que es hacer que una ánima le ame a Él; que esto es señal que Dios la ama con particular amor, y que es una de sus escogidos, que Él *ab aeterno* predestinó, no por merecimiento de ellos, sino por mostrar Él su bondad en ellos, porque no pareciese sola la justicia en castigar a los reprobados por sus pecados, sino también la gloria de su misericordia en querer guiar sus escogidos al cielo.

6. Cierre V. S. las orejas a las muchas pláticas que el demonio y su propio corazón le trajeren, diciendo: ¿Para qué me quiere a mí Dios llena de tanta inhabilidad para el bien, tan sin provecho para él, y, en fin, con tantas faltas, que yo misma me aborrezco a mí, y que juzgo ser cosa muy justa que Dios no me ame? Porque todo esto es de no conocer *los tesoros de la bondad de Dios* (Rom., 9) ni el secreto de su voluntad con que escoge vasos indignos en que enseñe las riquezas de su misericordia. Y esto suele nacer de una secreta raíz de soberbia, con la cual queríamos, o no haber menester a Dios, o si lo hubiésemos menester, que no nos diese de gracia lo que nos da; o a lo menos que, ya que no lo merecemos, no lo desmereciésemos tanto. Este es el mal consejo de nuestro corazón, y la herencia del hurto de la divinidad

de Dios, que nuestra madre Eva quiso hurtar. Y por esto no nos consolamos de ser amados de Dios, o no lo creemos, porque no querriamos que fuese verdad ser amados, siendo tan dignos de ser aborrecidos; y como en nosotros no hay quilates de bondad para sufrir tachas ajenas sin desgracia, ni tenemos amor para amar cosas que son tan menguadas, no podemos creer que Dios lo tenga, por pensar que es como nosotros; y no mirando que ha dicho Él (*Isa.*, 55): *Como son ensalzados los cielos de la tierra, así lo son mis caminos de los vuestros.* Y si en todos los caminos que Él anda es maravilloso y alto, mucho más en los caminos de su misericordia para con sus escogidos; los cuales son de Él tan amados, que es para sacar de juicio a quien lo conoce. Y si en cosa es maravilloso Dios, en ésta lo es más que en criar los cielos y la tierra y cuanto en ellos hay. Porque si esto crió, no hubo quien le contradijese, pues no hubo quien le hiciese resistencia. Mas amar donde tanto desmerecimiento y desagradecimiento y pecados hay—o habría de nuestra propia cosecha—, esto sobrepuja a todo juicio; tanto, que no hay ninguno que no quede ahogado en la admiración de tanta bondad. Y porque esta bondad más parezca, anda buscando Dios personas a quien amar, que son más indignas de ser amadas; y como San Pablo dice (*1 Cor.*, 1): *Escoge las cosas flacas, necias, bajas y para menos,* y allí pone sus ojos, para enseñar Él la grandeza de su bondad en amar Él a los tales; y las de su poder y saber defendiéndolas y rigiéndolas para su gloria, como Él lo dijo (*Isa.*, 43, 21): *Este pueblo escogí yo para Mí, éste contará mi alabanza.*

7. De manera que este negocio en gracia se funda, no en propio merecimiento ni habilidad. Y quiere Dios que sepa quién es Él en bondad, y le glorifique; y si no puede alcanzar quién es Él en bondad y cuán grande es *en Sí mismo*, a lo menos sepa cuán grande es en bondad *para con ella*, y que le alabe y le ame, y se fíe de Él. Y cuanto ella es menos para esto, más parecerá quien Él es. No se desmaye en ninguna manera por verse tal, ni pare su vista en sí misma, sino luego pase a Dios, y diga: ¡Oh bondad admirable, que a cosa tan indigna amáis! ¡Oh bendita paciencia, que tales faltas sufrís! Señor, no he menester mirar los cielos ni la tierra, ni todas las otras hermosuras que en ellos criasteis, para rastrear y conocer algo de vuestra hermosura y bondad, sino mirar mis mal-

dades y mi fealdad que de mí misma tengo, y allí veo vuestra bondad mejor que en todas las otras cosas. Señor, ¡que con todo esto me amáis! ¡Que no me echáis de delante de vuestros ojos, siendo yo cosa tan fea y leprosa de mi propia cosecha! Señor, ¡que a tales criaturas dais la hermosura de vuestra gracia y amor! Verdaderamente más me amáis que nadie, y más que yo misma, pues lo que nadie me sufriera, y aun lo que yo no me sufriera, vos me lo sufrís. Y desámome y desgráciome yo conmigo, y Vos no, Señor.

Este, señora, es Dios. Este, que es mayor en bondad que todos: éste, que tengo harto que hacer en creer cuán bueno es, éste es Dios. Este, tan rico en bondad y amor, que arde como fuego en agua, éste es Dios. Y así como su ser es infinito e incomprendible, así lo es su bondad y amor. Pues si *Dios*, como San Juan (1 *Jn.*, 4, 8) dice, es amor, y Dios es infinito, ¿qué se espanta que la ame el Señor siendo ella quien es? ¿Dios no es mayor que no ella? Cierto, sí. Pues lo mayor vence a lo menor, y la mayor bondad vence a toda maldad; y así Dios es bueno para con ella, y la limpia, justifica y hace agradable, aunque ella sea quien es, hija de ira y de perdición de su propia cosecha.

8. Esto asiente así en su corazón, y por esto dé gracias a nuestro Señor, que quiso que fuese una de sus escogidas, y de las que hallen gracia delante de sus ojos, y que es amada de Él. Y donde este amor hay, todo lo encubre, según que está escrito (*Prcv.*, 10): *La malquerencia despierta rencillas, y el amor apaga las levantadas.* Todo esto encubre el amor: *Todos los pecados encubre la caridad*, como lo dijo San Pedro (1 *Petr.*, 4). Y éste principalmente es el amor que Dios tiene a sus ovejas, de las cuales dice (*Jn.*, 10): *Que ninguno se las quitará de sus manos, ni ellas tampoco se le irán, porque Él las tendrá; y si las dejare caer, levantarlas ha.* Si quiere gozar de esto, crea que cabe esto en la bondad de Dios, y alégrese en que tal Dios la ha tomado por suya. Y si su corazón le dijere que ¿cómo es posible?, dígame que Dios todo lo que quiere puede, y que quiso Él darle su amor; y lo que Él da, ella lo puede muy bien poseer, no por título de merecimiento, sino de merced. Y diga: No soy digna de ser amada; mas sin serlo, Él es digno de ser amado; y para esto ama, para dar su amor. Y pues nuestro Señor le da gracia para no

caer en culpas mortales—que no lo son las que comete—, esté confiada que está en su gracia. Porque si Dios tiene bondad para de enemigos hacer amigos por la sangre de su Hijo, tenerla ha para amar a sus hijos, aunque en esas faltas pequeñas caigan.

Y esto respondo a lo que V. S. me pregunta, que ¿en qué confiará que está en gracia? Digo que en tener propósito de no ofender a Dios mortalmente, y pesarle de le haber ofendido; y pues esto le ha dado, no sospeche enemistad habiendo paz.

9. Vengamos a lo que más pena le da a V. S., que es verse presto despojada de lo bueno, y llena de lo contrario; lo cual nace de la poca experiencia que tiene en este camino. Esto, señora, hace el demonio, y permítelo Dios para que saquemos de ello muy grandes bienes. Conviene que pruebe nuestra locura una y muchas veces cómo el bien que tenemos no es nuestro. Porque apenas hay cosa en que tan presto queramos pecar, como asir en la honra y complacimiento de lo que somos. Es menester que lo que teníamos muy asentado y fijo lo veamos, a cabo de un credo, tan lejos de nos, que ni aun el rastro no nos quede, y que nos veamos tan sin arrimo, que en ninguna cosa hagamos pie, para que así veamos que no estamos en nuestros pies, sino en las manos de Dios, y que es pura limosna la que nos hace en darnos lo que nos da. Y si le parece que es recia prueba ésta, y que menor bastaba, digo que plega a Dios que ésta baste. Porque según es nuestra locura, veces acaece haber estado en punto de perdernos, y en visitándonos Dios, luego pensamos que algo habemos hecho y merecido por aquello que nos viene. Y no sin causa dijeron aquellos Padres del Yermo, que la postrera batalla y la más importuna es la de la soberbia, y por esto ha menester más continua y más recia cura; y ésta es, como digo, verse el ánima tan desamparada y toda llena de infierno, y que pierda los bríos de: «Puedo, valgo y sé valerme por mí.»

Mas en estos trances no se desbaratan los experimentados; más entienden el negocio, y aunque afligidos, no desesperados; mas sufren su cauterio como pueden, esperando que se les pase aquella tormenta, y venga bonanza; mayormente cuando piensan: «Otras veces me he visto en esto, y me ha librado Dios.» Lo cual no entienda V. S. que basta para quitar la pena, mas basta para que no se desbaraten con ella. Y aunque sienten sentimientos de odio con Dios, y

desesperaciones muy interiores, y verdaderamente sentimientos del espíritu del demonio, no se derriban, sino—como quien sufre un frío recio de cición (4)—están debajo de aquel azote, no consintiendo en nada de aquello, sino sudando por no irse tras de ello, y esperando que se les pase. Y si hablan entonces, disimulan lo que tienen; y si rezan, otro tanto. Y al fin hacen lo que han de hacer, aunque vayan sin corazón y contra corazón, y buscan cómo se les pase aquel rato, hasta que torne nuestro Señor con su luz; y tornada, no desmayan por lo pasado, que bien saben que ha sido obra del diablo, sino entienden en humillarse a nuestro Señor y en agradecerle lo amargo que les dió, y la visitación que les visita, y creen que una es medio para la otra, porque así lo enseña la experiencia, que tras gran batalla, gran consuelo, y tras gran consuelo, gran guerra.

10. Así que, señora, lo que V. S. ha de hacer en esto es no turbarse dentro del corazón, aunque lo de encima se turbe. Diga a nuestro Señor: Aunque yo estoy mudada, Vos el de ayer sois; y aunque os escondéis, conmigo estáis, según vuestra promesa que decís (*Ps.*, 90): *Con Él estoy en la tribulación*; y pues conmigo estáis, sea enhorabuena: estemos juntos, y sea en cruz: mirad por mí, pues que yo no soy para ello. Y refrene la ira cuanto pudiere, y el desabrimiento. Y aunque esté, a su parecer, en el corazón, crea que no está en el corazón interior, sino en el exterior; y no se turbe, porque no tiene Dios la principal cuenta con aquello que se siente, sino con lo interior; como acaeció a Santa Catalina de Sena, que siendo molestada muy reciamente de imaginaciones deshonestas, dijo al Señor: ¿Y dónde estábades Vos, Señor, cuando yo tal padecía? Respondió el Señor: En ti estaba; y en esto lo verás, pues te desplacían esas imaginaciones: que si yo no estuviera dentro, aplaciarante. Así que halla el ánimo dentro de sí aplacimientto; mas con lo de más adentro desplácele y aborrécelo: y esto es lo que mira Dios.

Hable V. S. con paz, y hágase lo que se hubiere de hacer con paz, sufriendose con paciencia, como sufriera a otro que aquello tuviese. Y no hay de qué tomar pena entonces por estar así con esto, porque no es cosa que es en su mano, ni en que tiene culpa; y si alguna hay, es muy poca. Y aunque le parezca

(4) *Cición*: teroiana o calentura intermitente.

que está sin amor, y que no puede llamar a Dios, no se fatigue, que la misma tribulación llama a Dios, el cual *tiene cuenta con el trabajo y dolor*, como dice David (Ps., 10, 14). Si se acostumbra a no tomar pena, irá en gran manera mejor; y mientras más pena tomare, peor le irá; que esto quiere el diablo, como a uno que ven que se corre, más lo persiguen los pajes. Disimule con ello, no haga caso de ello, no ponga allí el corazón, mirelo como a una obra del demonio, y con todo el sosiego que pudiere dejarlo pasar, e irle ha mejor. Otra vez le aviso que no se amargue por ello, e irle ha bien; y créame, que entonces con cuan fea ve que está, agrada al Señor tanto y más que cuando está muy devota; porque si cuando está muy devota está de placer, cuando está tentada, está de provecho; y éste es el que quiere Dios; mas no para Él, sino para ella.

11. Las ocasiones que para esto da, conviene que quite en todo caso, que son pensar que cada cosita es pecado; y que ya que caiga, se levante luego, y se vuelva a Dios. Esto se ha de curar muy de raíz. De pecado mortal esté muy confiada, por la bondad de Dios, que no la dejará caer en él; y si cayere, verá muy claro lo que es. Porque en los que aman a Dios y lo temen, no suele así acaecer, que los deje caer Dios, si no es queriendo ellos a sabiendas derribarse. En los veniales crea que, por mucho que se mire, ha de caer alguna vez; y asiente en su corazón que por estas faltas no se va nuestro Señor, ni se enoja del todo, sino que le agrada mucho la humildad del propio conocimiento, y la libertad del corazón con que van sus hijos a Él a pedirle perdón con buena gracia; y con esto se lo da, sin más alborotos, que son más dañosos que las mismas caídas. Y si a ella le parece que es cosa recia recibir con amor a gente que así cae, digo que por eso es Él, y no ella; y si ella no tiene bondad para hacerlo así, no quiera quitarla al que la tiene para lo hacer; porque aunque se la quiera quitar, no podrá.

12. Entienda en las cosas de casa sin pusilanimidad, con alegría, pensando que Dios se contenta de ello, y que Él se lo manda, que así es la verdad. Y no piense que le anda Dios poniendo lazos en todas las cosas, sino con corazón esforzado y alegre, llevando a Dios delante, riña y mande, y haga lo que conviene, en fe que agrada a Dios en ello. Y aquel dejar de hacer las cosas, porque le parece mejor no hacerlas,

por quitar la propia voluntad, es engaño del diablo, y huya de él; sino haga lo que ve que conviene según buena razón, y lo que es menester hacer y cumplir, y no tener el corazón caído y sin nervios, sino un corazón que tenga dentro de sí otro corazón y esfuerzo. Que una cosa es dejamiento de corazón, y otra recogimiento de corazón. Los dejados son flojos, y están caídos, como un corazón descoyuntado y sin fuerza; los recogidos traen el corazón esforzado y unido, y no caído, sino alzado a Dios y a lo que es menester; no mortecinos, sino avivados y diligentes en lo que conviene; y aunque ocupados en Dios, no faltan a lo que son obligados, sino como pueden se esfuerzan a cumplir con ambas cosas. Verdad es que el recogimiento quita mucho la memoria; mas para esto hay remedio de escribir lo que se ha de hacer, y mirarlo muchas veces; y así remédiase con el papel en la mano. Y la persona que tiene casa que regir, es bien que salga algún poco más de su corazón para cumplir con lo que debe, que si no tuviese casa a su cargo; y esto se ha de hacer con fe, creyendo que agrada a Dios en ello, y no pensando que nos quiere hacer reventar; *porque sus mandamientos suaves son para quien lo ama* (1 Jn., 5, 3); y las horas del recogimiento puede V. S., mudar a tiempo más desocupado.

13. Y no ha de pensar que teniendo tan buen Padre en el cielo, como tiene, que no ha menester a nadie; porque este Padre es amigo de caridad y humildad, y quiere aprovechar a unos por medio de otros, y quiere salvar a unos por medio de otros; y por esto ha de esperar en Dios, y que todo su remedio viene de Él; mas si quiere Él, por mano de quien Él quisiere, le hará bien. Dirá V. S. pues: Señor, yo quiero buscar vuestro favor por medio de cuantos pudiere, pues no sé por medio de quién me habéis de salvar. Y con esto se humille a todos; porque es posible que haya Dios elegido para medio de su salvación la oración de una persona de muy poca virtud; de manera que su esperanza, por sí (5) y por medio de otros la haga buscar cuantos pudiere.

14. Y el no querer ser de las más altas en santidad se remedia con ofrecerse tal cual es a nuestro Señor, y no querer ella nada para sí, sino que Él la ponga

(5) *Por sí*; las ediciones de 1578 y 1599 dicen *que por sí*; es obscuro el contexto.

donde Él quisiere, y que allí estará contenta: y suplíquele que sea en el más chiquito lugar del cielo, con que esté muy contento Él; y sepa estimar cuán gran bien es hallar gracia delante de Dios, y verá que no hay gracia pequeña; y cuando este pensamiento combatiere, diga: *No mi voluntad, Señor, sino la tuya sea hecha* (Mt., 26).

15. El pensamiento que le viene, cuando ha confesado, que no queda bien confesada, es tentación del diablo. No torne a confesar, sino comulgue, y diga lo que se le olvidó a nuestro Señor, pues que no son pecados mortales.

16. El servir a Dios es para ser regalada de Él unas veces, y otras para que ella le regale a Él: y cuantas más veces hiciere lo segundo, será mejor sierva: que los regalos Él los guardará para el otro mundo, donde mientras Él fuere Dios no dejará de regalar a los suyos. Espere un poco y contentarla ha nuestro Señor en esto. Entretanto pásese con lo menos que pudiere, no porque no tiene Jesucristo amor para ello, sino porque a ella es más provechoso; y trabaje de no le ser incrédula; mas crea y confíe ser amada de Él, aunque no le muestre regalo ninguno. Y si dice que sobre qué prenda, digo que sobre muchas que Dios le ha dado.

17. A lo que dice que no tiene condición para servir a Dios, digo que la mayor parte de esa condición, o, por mejor decir, imaginación, es causada por el demonio, y tentación suya es. Dios se contenta con ella; no tiene con quien más cumplir. Para eso la tomó, y la llamó para hacerla de mala, buena. Poco a poco se mudan las condiciones: súfrase, pues Dios la sufre; y procure de ir ganando algo de mejoría, aunque sea poca.

¿Desea tener vida con buena esperanza, y amor sin contradicción? Deseo es de carne, por holgar y vivir a su placer. Quien a servir entra, a voluntad de su Señor ha de andar; y de tal Señor, que nos lleva por do más nos cumple. Ofrézcase a la voluntad de Dios, y no elija por dónde ha de ser salva, que Él tiene cuidado de ella. El ser inconstancia que pide, Él vendrá, que temprano es (6). Y no crea V. S. que a los que sirven a Dios nunca les falta sentimiento del amor que a nuestro Señor tienen, y de la esperanza;

(6) Así las ediciones de 1578 y 1595: no aparece el sentido de la frase.

más veces les falta que tienen cabellos. Mas ¿qué por ello? Pruebas son para ver si saben llevar cruz y navegar con vientos contrarios. Y aunque no sienten siempre que Dios los ama, créenlo aunque sin gusto; y si este crédito les quitan, no se fatigan, con pensar: «Dios lo proveerá.» Y como les ha acontecido esto muchas veces, no se turban; y cuando mucho le acosan diciendo: «Dios no te quiere bien», dicen ellos: «Si Dios no me quiere bien, yo lo quiero querer a Él, y seguirle hasta la muerte; y aunque no tengo claro conocimiento del amor, esto tengo, que por ninguna cosa le quiero ofender mortalmente; y en esto veo que lo amo y quiero más que a mí.»

18. Holguéme cuando leí que me tenía cansado, más que cuantos he tratado; porque diciéndole yo que se engaña, y creyéndolo, entenderá V. S. que si a mi poca caridad no cansa, menos cansará al fuego de ella, que es Dios. Y otras mayores barajas he visto, y en mayores guerras me he hallado, y con la gracia del Señor he estado contento en ellas.

No tengo lugar para más escribir, que es víspera de Ramos, y ayer fué día de sermón. Dios sea luz de V. S., y acabe en ella lo que ha comenzado. Tenga esta confianza, no para que la haga descuidada, sino agradecida y esforzada.

91.—A UNA DONCELLA TRABAJADA

Enseñándole cuán gran merced del Señor es enviar trabajos en esta vida, y por qué los envía a sus siervos.

1. Deseo tengo que vuestra merced esté muy consolada entre sus trabajos, y sea muy agradecida al que se los envía, y los abrace muy de corazón como a verdaderas reliquias de Jesucristo nuestro Señor, y ciertas prendas de su amor, y diga como David (*Ps.*, 22): *Tu vara y tu báculo, ellos me han consolado.* Porque aunque la carne sienta desconsuelo en ellos, el espíritu es razón que tome consuelo, viéndose tratado como lo son los amados de Dios, los cuales, probados con diversos géneros de tentaciones y tribulaciones, fueron hechos hábiles para ser en el reino de Dios galardonados. Porque aquella paz y descanso de allá ganarse tiene con guerras de acá; así como las piedras y madera que se puso en el templo de Salo-

món primero fueron labradas fuera del templo, y después puestas, sin que en la casa de Dios se oyese golpe de martillo ni estruendo de sierra. Y pues vuestra merced se ve martillada, entienda que la apura (1) Dios, y le quita lo tosco que de Adán trae, para ser asentada entre aquellas preciosas piedras que hacen la casa de Dios.

2. Confíe, señora, que es amada del Señor, y que los trabajos no son de enojos que tiene con ella; mas quiere que cante lo que está escrito (*Ps.*, 16, 3): *Probaste mi corazón, y visitástelo en la noche; examinástemme con fuego, y no fué hallada en mi maldad.* Grande alegría es al ánimo el ser hallada fiel al Señor en el día de la prosperidad y en la noche de la tribulación, y ser examinada con cosas que le duelen, y mucho duelen, y responder (*Ps.*, 43, 18): *Todas estas cosas vinieron sobre nosotros, y no te olvidamos, ni hicimos cosa mala en tu Testamento.* Y a esto[s] dice Jesucristo nuestro Señor (*Lc.*, 22): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones: Yo os dispongo el reino, como mi Padre me lo dispuso a Mí.* Y aunque parece el Señor riguroso en estos azotes, y suele el ánimo temer y temblar entre ellos, el Señor la asegura diciendo: *De noche y de día la guardo: no tengo enojo con ella: a deshoras le daré una bebida, porque no se visite contra ella.* En lo cual parece bien la inefable misericordia de nuestro Señor, que tanto cuidado tiene de su viña, que *en un tiempo y en otro la guarda*, y por eso la visita a deshoras con unos nuevos trabajos, *porque no se visite contra ella* con los trabajos del otro mundo, pues no es posible pasar al cielo sin ellos.

Grande es su misericordia en darlos aquí, donde son menos y menores, y *comienza a juzgar aquí a los de su casa* (1 *Petr.*, 4, 17) para no tener que juzgarlos allá, sino consolarlos, y emplear su enojo con los ajenos que aquí fueron malos y prosperados.

3. Por tanto, señora, este consuelo envió a vuestra merced en sus trabajos, que son guarda para su ánima, y prendas del bien que le han de dar en el cielo, y guerra cuya corona es el mismo Dios; al cual tanto más crea ser agradable, cuanto más se viere de su mano bendita trabajada. Y si le dieren pena, respóndale a su ánima que se espere un poco; vendrá la mañana, pasarán las sombras, y vendrá la luz,

(1) *Apura*: purifica.

y el Señor la hartará con su vista; y en enjugándole las lágrimas, le hinchará sus labios de risa y de gozo. Bendiga al Señor que la ha hecho ser suya, y confíe en Él, que no la pondrá a mal recado, pues no suele amar y descuidarse de lo que ama. Quienquiera ama a sus cosas; mas Dios mucho más. Y pues vuestra merced es de Él amada, duerma sobre seguro, y no dude de alegrarse en todo lo que le acaece, creyendo que son mercedes de nuestro Señor; el cual quiso ser joya de los trabajos de vuestra merced, para que mirando en ella, le parezcan todos pocos. Porque ¿quién será aquel que se ose quejar que se le vende Dios caro, por mucho que le pidan, aunque sean mil vidas, pues Él es de valor infinito? Déle gracias muy de corazón, porque le dió gracia que a Él sólo vuestra merced amase, que a Él sólo mirasen sus ojos, que en Él sólo pusiese su confianza, y que a Él sólo quisiese por fin de sus trabajos y descansos; que pues Dios esto le ha dado, Él dará lo que le falta, Él acabará su obra, Él sanará y Él salvará su enferma, y dará galardón a su trabajadora, y pondrá en su reino a su redimida. Presto vendrá este día; esté vuestra merced en espera de él, y diga como Jeremías (*Tren.*, 3): *El Señor es mi ración: yo le esperaré.*

4. Y así como la esposa casta no quiere en ausencia de su esposo ver fiestas, ni tomar pasatiempos, ni otras cosas de consuelos presentes, guardando sus ojos y su corazón para gozar de su esposo, así vuestra merced, colgada de aquel Señor a quien dió su amor y de quien es esposa, téngase acá por extranjera, y allá esté su corazón a do está su tesoro; y a los placeres y trabajos que le vinieren diga: *El Señor es mi ración: yo le esperaré.* Convidada soy a comida tan bienaventurada; más quiero estar con hambre y en espera de tanto bien, que hartarme de las presentes vanidades, y perder la gana de aquella comida. Fiel es Dios, y bueno para los que en Él esperan y le buscan; yo le esperaré y le buscaré (*Tren.*, 3, 25); pues a quien dió gracia para buscarle, da para hallarle.

Y aunque algún día aflija, Él alegrará con su vista y para siempre, y dará el galardón de las buenas obras en el cielo, adonde vuestra merced dirá: Ya tengo lo que busqué, gozo por lo que pené, poseo lo que deseé. Y allí verá cómo el Señor ha tenido de ella cuidado desde que en el vientre de su madre fué

criada, hasta llevarla a las sillas del cielo; y dará entrañables gracias a su bondad, y mayores por los mayores trabajos que por los mayores descansos, pues fueron méritos más ciertos para ganar el cielo que los consuelos. Y pues esto se ha de alcanzar, espérelo primero vuestra merced, para que el Señor reciba de ello servicio; y ensanchemos el corazón en medio de la tribulación, y con esperanza de tanto bien, suframos el mal presente. Déle Cristo a vuestra merced tanta abundancia de su amor con que, como el óleo nada encima el agua, ande su gozo encima de los trabajos (*Cant.*, 8), *y las aguas muchas no le puedan apagar la caridad*; mas como viva llama, más y más arda mientras mayores trabajos el Señor le enviare; el cual sea todo bien de vuestra merced.

92.—A UNA MONJA

Cercana a la muerte: Consuélala y animala, y enséñale lo que en aquel tiempo ha de hacer.

DEVOTA SIERVA DE JESUCRISTO:

Envióme vuestra merced a decir que estaba en las postrimerías, y que me acordase de ella, que ahora era tiempo. Así, señora, se hace; y aunque las nuevas que me da son para dar pena a la carne, mas mirándolas con ojos cristianos, son para alegrar el espíritu; y así lo debe estar el de vuestra merced, como el Señor dice en el Evangelio (*Lc.*, 21): *Cuando estas cosas comenzaren a hacerse, mirad y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención.* Porque aunque Cristo la libertó de la cautividad de pecados mortales por la bondad y merecimiento de su sangre, mas queda el poder caer en ellos, y queda el caer en veniales, y queda el cautiverio del cuerpo tan sujeto a miserias, que hace gemir a un San Pablo y a otros como él, según él lo cuenta y dice (*Rom.*, 8) que *estaban esperando la redención de su cuerpo.* Allá, señora, no pecará mortal ni venialmente; porque por la sangre del Cordero, que por nosotros se derramó, no tendrá que ver con infierno, donde siempre pecan, sino con purgatorio, donde aunque penan, no pecan; y de allí saldrá a ver a su Esposo, y a gozar de los bienes que le ganó, con los clavos en las manos y en los pies puesto en la cruz. Y pues es cosa más maravillo-

sa ver a Dios puesto en la cruz, que verse vuestra merced puesta en el cielo, espero de su bondad, que pues la tuvo para hacer lo más, la tendrá para hacer lo menos. Allá, señora, la llevará consigo; allá se la llevará; que el desposorio, que cuando acá profesó, con Él se celebró, algún día se había de concluir con estar en el cielo Esposo y Esposa. Allí se verá en tanta anchura y abundancia, que dé por bien empleado su encerramiento y trabajos de acá.

Y después darle han un cuerpo, que aunque sea el mismo en substancia que acá tenía, mas será tan diferente en la salud, vida y otras cosas, que se alegrará con él, mucho más que acá le da pena. Toda entera, señora, toda entera, cuerpo y alma ha de estar bienaventurada y hermo세ada, como conviene a la honra de quien por esposa la tomó, que es Jesucristo, el cual es Señor del otro mundo y de éste.

Por esto no esté desmayada, con qué merecerá cuando muera. Todo lo puede Jesucristo, y Él la ama, y no la desamparará. Que, pues en el tiempo de navegar la ha guardado entre las tempestades de esta vida, no la dejará perder al tiempo del desembarcar. Póngase muy en sus manos, ofreciéndose de corazón a Él para vida o muerte, o para lo que Él quisiere; y pídale perdón por su sangre de todo lo que le ha ofendido; y confesada y comulgada, arroje sus pecados y a sí misma a los pies de Jesucristo, y pídale una gota de su sangre con que sea lavada, y tenga confianza que así lo hará.

Apártese de comunicación cuanto su enfermedad lo sufriere; que el Señor cuando quiso morir, así dejó a sus discípulos, para en soledad orar a su Padre (Lc., 22); dándonos a entender que en este trance así lo debemos hacer. Y su plática sea con Jesucristo y con su Madre bendita; y para que su flaqueza esto no impida, será bien mirar una imagen del Crucifijo y su Madre par de Él. Dé gracias a Dios muy de corazón por las mercedes que le ha hecho, así generales como particulares; y métase en las llagas de Jesucristo, que es la Iglesia (1), de donde la justicia no sacará a los malhechores arrepentidos; y allí descanse, y espere, que por aquella sangre y muerte, irá a gozar en el cielo de la vida que nunca se acaba.

Sea Jesús con vuestra merced.

(1) Alude al derecho de asilo, de que gozaban las iglesias.

93.—A UN DESCONSOLADO

Porque no hallaba la paz que quería. Enséñale a no desmayar por sus faltas, conjiando en el amor que Dios nos tiene. Consejos sobre la oración y comunión.

Leyendo la de vuestra merced, y viendo que dice que no sabe valerse en prosperidad ni adversidad, y de la sequedad de corazón y batalla de pensamientos que no le dejan reposar. se me acordó de un viejo de los Padres, que habiendo consolado muchas veces a un mozo, y dádole reglas cómo se hubiese, y con todo esto el mozo decía que no hallaba descanso, ni aquel aprovechamiento en su corazón que quería, preguntóle el viejo: «¿Qué tanto ha que estás sirviendo al Señor?» Respondió el mozo: «Ocho años.» Respóndele el viejo: «Yo ha que lo sirvo veintitantos, y no puedo hallar el reposo que tú buscas; ten paciencia, y espera en el Señor.» Esto dice a vuestra merced, porque me parece que se desconsuela y turba mucho con sus faltas, lo cual tengo por muy peor que las mismas faltas. No conoce vuestra merced las entrañas de nuestro Señor que con sus hijos tiene, y por eso no se sabe llevar y soportar a sí mismo, y hace consigo como haría con otro que hiciese con vuestra merced lo que Él hace con Dios. Mayor y mejor es Dios que el hombre, y préciase Él en este negocio de blandura de decir: No soy yo como el hombre. Así lo dice en un Profeta (*Oseas, 11*): *Non faciam furorem irae mea; quia Deus ego, et non homo.* Los que a sí se miran, y no a Dios, viven desabridos y desmayados; y de aquí nace la flojedad (1). madre de todo mal.

Un amor nos tiene el Padre en su Hijo, que no se les quitará por estas faltas, pues no son mortales; y el grande amor cobija la muchedumbre de los pecados (*1 Petr., 4, 8*) y ama, no obstante ellos. Porque los ríos de las maldades no pueden apagar aquella encendida llama de amor (*Cant., 8, 7*) que en el pecho de Dios arde; pues vemos que estando tan llenos de pecados y tan húmedos con estas aguas, con repugnancia de ser encendidos en el amor del Señor como leña verde y mojada, sopló tan fuerte el espíritu del Señor que echó fuego en nuestras entrañas, que apa-

(1) Así la edición de 1595; la de 1578, *flojura*.

gó el agua de nuestra maldad haciendo bien a los malos. Quien este amor ha experimentado, ¿por qué anda dudoso del amor del Señor, pues se ve por su bondad libre de aquellas grandes humedades de primero? No bastaron las primeras para que el Señor no [*atrajese a sí*] (2) *a quien amó* (Jer., 31, 3); no bastarán éstas para que eche de sí al que recibió. Quiere Dios ser conocido por amoroso, pues lo es; y que la gloria de esto sea conocida ser suya, pues, sin se lo merecer, nos ama. Y si quiere hallar un gran libro para leer cuán bueno es Él, mire cuán malo es vuestra merced, y crea que Dios le ama, y verá un retablo de hermosura de amor, pintado en la vileza de sus propias maldades.

He dicho esto para que entienda que no se huelga Dios que sus hijos anden desabridos, aunque sea por sus propios defectos; mas quiere que luego miren a Él, para templar la tristeza que les viene de mirarse a sí mismos. Quiérelos esforzados, mirando que son amados, y no pusilánimes, viendo que deben ser aborrecidos. Y por esto conviene ir poco a poco y con buena esperanza en este camino, cantando al Señor, *que es bueno, y para siempre su misericordia* (Ps., 135, 1) en traer, en sufrir, en amar, en glorificar. Y en esto respondo a lo que vuestra merced me pide, cómo conocerá a Dios y tratará con Él. Digo que lo que ha menester conocer de Dios es, quién es para con vuestra merced; y esto conocerá entrando en cuenta con sus misericordias, desde que de nada le crió, hasta el punto en que estuviere cuando lo pensare; y pidiéndole lumbré para conocer sus misericordias por no ser ingrato, dársele ha poco a poco, y conocerá quién es Dios, pues tanto ha hecho por un tan indigno, y cobrará un ánimo esforzado y amoroso para tratar con Dios. Y este es el modo como Él quiere que traten con Él los suyos, y estén con amor y confianza.

No conviene fatigar la cabeza con el recogimiento, porque este negocio es de pura gracia del Señor. Páreceme que antes de la oración vuestra merced lea algún libro que trate de lo que quiere después pensar, porque con esto se recoge un poco el corazón. Y es mal hecho dejar la comunión, aunque falte la

(2) Las ediciones consultadas leen: *no trabajase así a quien amó*, frase que apenas admite razonable sentido.

devoción, como quien no se quiere llegar al fuego si no está caliente. Nunca pase de ocho días; y si hubiere alguna particular necesidad, o mucha hambre de Él, recíbele alguna vez en la semana. El aparejo ha de ser la buena orden que tenga en toda la vida y semana; según uno decía, que nunca hacía particular preparación para comulgar, porque cada día hacía todo lo que podía. Mas bien será que haya más templanza en la cena la noche antes, y particular pensamiento de esta palabra: *Ecce sponsus venit; ecce Rex tuus venit tibi; praepara in occursum Dei tui.* Y Cristo sea su luz.

94.—A UNA DONCELLA

Que habia comenzado a servir a Dios. Que reconozca el beneficio de haber sido llamada para Dios; y corresponda con amor, gratitud y obediencia.

DEVOTA SIERVA DE JESUCRISTO:

1. Perdonadme que no os he escrito esforzándoos en el propósito santo que nuestro Señor os ha dado, y en la guerra que contra los demonios tenéis por el nuevo camino que habéis comenzado. Y conozco en esto mi descuido; porque así como el padre, que según la carne engendra, es obligado a mantener lo que engendró, así a quien Dios da una ánima para que, mediante su santa palabra, la engendre para el servicio de Dios, es obligado a la recrear, regalar, enseñar y esforzar en lo comenzado. Placerá a su misericordia y me dará gracia para hacer lo que hasta aquí he faltado, porque vos seáis consolada y yo salga de culpa.

2. Lo primero, doncella, que me parece que debéis de hacer, es conocer el gran beneficio que de la mano de Dios habéis recibido en haberos dado corazón que desprecie lo presente, y haceros amadora de lo que no se ve con estos ojos, ni oye con estas orejas, ni se toca con estas manos; mas gústase con la limpieza del ánima, y es cosa que más que todas éstas juntas vale sin comparación. San Pablo ruega a Dios que dé a entender a los de Efeso (1, 16-18) *el grande bien para que son llamados*; y yo suplico lo mismo para vos, para que conociendo el gran valor de *vuestra es-*

peranza, seáis más agradecida a quien os llamó, y holléis de mejor gana estas poquedades de acá, como a quien le diesen oro, de buena gana dejaría el lodo y estiércol.

3. ¿Sabéis, hermana, para qué os llama Dios? ¿Sabéis cuál es el fin del camino que habéis comenzado? ¿Sabéis cuál es la joya de vuestra pelea, y la corona de vuestra victoria? Dios mismo es. No puede vuestro bien subir en el precio; ni tenéis por qué desear lo que las reinas poseen, pues, en comparación de vuestro Amado, todo lo otro es como nada, y más da pesadumbre que contentamiento. ¡Oh cuán dichosa habéis sido en haberos puesto Dios en el camino para Él! ¡Y con qué alegría es razón que corráis, aunque sea metiéndoos por lanzas, a gozar de los dulces brazos de vuestro Padre y Esposo, con que os está esperando, para en compañía de otras doncellas, que dejaron lo que vos dejáis, y amaron lo que vos amáis, haceros para siempre gozosa y bienaventurada en Él! ¡Oh si viésedes las coronas de las que hollaron la carne, despreciaron el mundo, escogieron aquí el más despreciado lugar, y con entrañas encendidas amaron a nuestro Señor! ¡Cuán buen truco hicieron!: lo terreno por lo celestial, el gozo que presto se pasa, por el que no tiene fin; y finalmente, trocaron lo criado, y alcanzaron al Criador, con el cual reinan, no arrepentidas por lo que dejaron, mas muy gozosas con lo que hallaron, y para siempre poseen. ¡Bendito sea Dios, que en el número de estas dichosas os hizo dichosa, y os alzó vuestros ojos para que mirásedes a Él, y quitándolos de la vanidad, los empleásedes en la verdad!

4. Amadle mucho, doncella, pues Él os ha amado mucho, y primero que vos a Él. Que si lo miráis, dormida estariades en el sueño del olvido, mas vuestro fiel Amador no dormía olvidándoos a vos; mas veló sobre vuestro remedio, y acordóse de vos atrayéndoos a sí. Mucho le amad, que mucho le debéis, pues os perdonó en lo que caísteis, y os libró de lo que pudiérades caer; todo aquello contad por perdonado, que hiciérades si no os guardara su mano. Y por eso todos le deben, ahora caigan y los perdone, ahora no caigan y los preserve. Pues ¿en quién vos mejor os podéis emplear, que en servicio de tan buen Señor, que así tan piadosamente os sufrió, esperó y para Sí llamó, para daros nombre de esposa, y teneros guardado tálamo limpio, y corona de Reina como convie-

ne a esposa de Rey celestial? *Alegraos otra vez; otra vez os digo alegraos* (Philip., 4, 4); y sabed estimar vuestro bien que en Jesucristo tenéis, pues es vuestro Esposo el que es mayor que los ángeles; y al que ellos llaman Señor, podéis vos llamar Esposo, porque lo quiso Él así. ¿Qué le daréis vos por estas mercedes? ¿Qué haréis vos por Él? Conoced que este bien no se puede pagar ni servir; merced es y gracia, no galardón de merecimiento. Porque antes que una persona conozca a Dios, ¿qué tiene sino desmerecimientos muchos, y ninguna cosa buena delante el acatamiento de Dios? Amada fuisteis, y de balde lo fuisteis; y conocedlo así, para que más sabroso os sea el bien, cuanto, sin merecerlo vos, os fué dado. Y eso poco que sois ofrecois en perpetuo sacrificio a nuestro Señor, y decidle: Señor: por Vos vivo, para Vos quiero vivir; vuestro amor me guardó y me llamó, para amaros quiero vivir. ¡Oh Señor, y quién tuviera muchas fuerzas para con todas amaros y deciros (*Cant.*, 2): *¡Mi Amado a mí, y yo a Él!* Vos me amasteis con [*todo*] Vos, entregándoos *todo* por mí en manos de crueles sayones: yo me ofrezco en manos no crueles, sino piadosas, que son las vuestras, para que hagáis Vos de mí a vuestro querer, y viva yo para Vos y no para mí. Que con el amor y agradecimiento le tendréis contento en lo que toca a Él.

5. Conviene más que miréis cuán amigo fué Él de obedecer y de humillarse, pues fué sujeto a criaturas, siendo Él su Criador; y andaba a la voluntad de ellas el que, por su querer se rige el cielo y la tierra; y quiere de vos que seáis mansa y humilde, a semejanza de Él, blanda y callada, obediente y sosegada como una paloma; porque, pues Él es Cordero, vos debéis ser cordera (1), para que seáis semejables, para ser Esposo y esposa. Preciaos mucho de ser obediente, aunque sea en cosas muy duras, pues vuestro Esposo lo fué *hasta la muerte de cruz*. Porque obedecer en lo que no da pena, no es mucho de agradecer; mas en lo que no hemos gana, es contado por muy gran sacrificio, que huele muy bien delante de Dios.

6. Y con estas dos cosas estaréis armada contra las astucias del diablo, para que si os quisiere traer al pensamiento lo placentero que hay en el mundo, le respondáis: ¡Mejor es mi Jesucristo! Y si os quisiere desmayar, que no habéis de salir con lo comen-

(1) *Cordera*; las ediciones de 1578 y 1595 traen *paloma*.

zado, decidle: *Quien lo comenzó lo acabará* (*Phil.*, 1, 6), que es Jesucristo. Él me amó antes que yo le amase; ahora que lo quiero no me desamparará. Si os dijere que habéis pecado mucho, y que no habéis de ser perdonada, decidle que vuestro Esposo a todos los que le piden perdón perdona, aunque fuese al mismo demonio. Y si os trajere vanagloria de que habéis pecado poco y hacéis mucho bien, decidle que ninguno hay que pueda decir tener pocos pecados, ni que hace todo lo que puede en servicio de Dios. Y si algo os dijere que hagáis, decidle que no sois vuestra, sino que tenéis a quien obedecer; y con la señal de la cruz y nombre de Jesús, y firme y perfecta fe en el corazón, no os podrá nada empecer (2). No le hayáis miedo, antes le despreciad. A sólo Cristo temed, y a Él reverenciad y amad; el cual os haga muy suya como yo se lo suplico y deseo. Amén.

95.—A UNA DONCELLA.

Animándola al encerramiento y vida de trabajos y menosprecio del mundo.

Desde acá me parece que recibo consuelo con el crédito que tengo de vos, pensando que andáis ahora con más cuidado en el camino de nuestro Señor que cuando yo estaba allá; que para ser buena hija así lo habéis de hacer. Porque las buenas mujeres casadas, en ausencia de sus maridos se prueban, y las buenas hijas, en ausencia de sus padres; y de esta manera prueba nuestro Señor a las ánimas, que muchas veces se les esconde, y las deja en sequedad y tristeza, para ver qué paciencia tienen, y si le sirven como de antes, o si van a buscar consolaciones de fuera, como les faltan las de dentro

Mirad, hermana, el fin de las cosas, y no seréis engañada por ellas; que en una sepultura para toda la flor del mundo y la lindeza de la carne; y gusanos comen al cuerpo, por mucho que a placeres y regalos se haya dado; y con gran hedor demuestra la carne lo que es y cuán engañado es quien la sigue. ¿Qué es de los malos que ante nos han pasado, por grandes placeres que hayan tenido? ¿No están sus cuerpos tornados polvos, y sus ánimas en fuegos eternos, por

(2) *Empecer*: dañar.

unos breves y sucios deleites, que se pasaron así como sombra? ¿No están en amargura sin fin, sin tener un solo momento de consuelo, los que, viviendo acá, huían del trabajo, buscaban la vida ancha, y daban a su cuerpo contentamiento? ¡Oh cuán de buena gana trocarían ahora la vida regalada que pasaron, con la que otros pasaron en aspereza! Mas no hay allá lugar de arrepentimiento, sino de recibir cada uno lo que acá hizo. Y para esto es la discreción, para, en este breve tiempo que tenemos, escoger el trabajo, por no caer en aquel que para siempre dura; y hacer fuerza a nuestros deseos, por no caer en aquel lugar donde todo se hace contra los deseos de quien allá va.

¿No es mejor penar aquí un poco por Cristo y con Cristo, que arder allá para siempre con Lucifer? ¿No es mejor escondernos un poco al mundo, y después en el reino de Dios parecer gloriosos delante de todos, que, por querer gozar de un poco de humo, perder esto y aquello? Porque el malo tan poco goza acá como allá, pues la mala conciencia le da acá amargura y tristeza, y allá el infierno le atormenta; mas quien por Cristo pasa trabajos es consolado por Él, y con la alegría de la buena conciencia y con la esperanza de su galardón vive contento, y tórnanselo los trabajos rosas. Mas ¡triste de aquel que anda atemorizado con su mala vida y a sombra de tejados, huyendo de Dios, y no queriendo que viniese la hora para parecer delante del Señor! Porque este tal, aunque se ría con el cuerpo, y aunque dé a su carne lo que desea, nunca siente placer. por el gusano del corazón que le está siempre royendo.

Y pues esto, hermana, entendedís, escoged lo mejor, y haced de vos sacrificio a nuestro Señor, ofreciéndos a la cruz por Él. Y si os parece cosa recia un encerramiento tan grande, miradle a Él clavado en una cruz en lugar tan estrecho, que por no haber los dos pies juntos, fué menester poner un pie sobre otro. Y sabed que así se gana la anchura del cielo, mejor que con los anchos y grandes edificios del suelo; porque el Señor lo ha determinado así, que por cruz, y no por anchura, vayan a Él. Presto vendrá nuestro día, y dejaremos este destierro, y parecerá ser cuerdo quien aquí se escondió, y entendió en ataviar su conciencia; y parecerá loco quien quiso gozar de la sombra y humo, y perdió lo que para siempre es durable. El Espíritu Santo sea siempre con vos, y os haga tal como yo os deseo.

96.—A UNA SEÑORA

Que sentia muchos impedimentos en el servicio de Dios, enseñándola la confianza que debe tener en el Señor.

1. La lumbré y fuerza del Espíritu Santo sea siempre en el ánima de vuestra merced.

Los que por el profundo mar navegan con nuevas de alguna tierra lejos, y muy sana y muy rica, que van a buscar y esperan hallar, suelen pasar grandes trabajos, ya de tempestades de la mar, ya de falta de mantenimiento, ya de otros peligros que hay en la mar, especialmente cuando no se ha navegado por allí; y con la esperanza de la tierra rica sufren todo lo que les acaece, aunque pierdan la vida. Y pues hay en la tierra tanto esfuerzo para padecer mucho en busca de cosa pocas (1), no se desmaye vuestra merced, a quien Dios ha dado nueva del bien que en los cielos tiene aparejado para los que le aman; mas sufra mucho, pues anda en empresa tan grande. Y no se maraville de quedar algunas veces como encallada, y que no ve luz ni norte donde atine, sino que todo le parezca tinieblas; que Dios quiere meter a los suyos en tales trances, que ellos, por necios que sean, ven muy claro que no les aprovecha su juicio ni fuerzas; mas no los desampara ni deja en aquel abismo de obscuridad y desmayo; mas sácalos, o luego, o al tiempo que a Él place, y salen humillados y más confiados de Dios. Verdad es que después vienen a otros trances, que tan poco se puede el hombre aprovechar de aquella merced que Dios le hizo en sacarle, como si no hubiera pasado; y quedan del todo tan pobres como de antes. Y así trae el Señor a los suyos tan colgados de sí, que tiemblan mirando en qué abismos caerían si de arriba no viniese socorro. Y quiere Él tomar este negocio por suyo, y estar más cerca de su siervo, cuando al siervo parece que está más lejos; y aunque el siervo no pueda confiar con aquella firmeza que querría, no deja Dios de le guardar, para que así vea el hombre que *Dios es fiel* (1 Cor., 10, 13), que no deja a los suyos, aunque ellos falten en muchas cosas.

2. Como redoma de vidrio en manos de hombre que

(1) *Pocas*: pequeñas, de poco valor.

juega de manos, que la echa muchas veces en alto, que piensan los otros que se ha de caer y hacer cien mil pedazos; mas el diestro jugador tómalala muy seguro en la mano, y tórnala a echar, hasta que ya se les quita el miedo a los que lo ven, y tienen por tan diestro al jugador, que se admiran de su destreza: no tema la pecadorcita, mas confíe que la mano poderosa de Dios la tiene en su mano, y la echa en alto y en el profundo, mas siempre le ha ido bien, por la fidelidad de Dios que la ama; y aunque ella tiembla y no halla la fiucia y firmeza en su corazón que querría, [sepa] que mudándose ella, no se muda Dios; mas allí en medio de los torbellinos y de los grandes despeñaderos, allí puede estar confiada, pues está escrito (*Jn.*, 10): *Las ovejas que tengo en mi mano, ninguno me las quitará.* Y por la bondad de Él, puede pensar que ella es oveja de Dios.

3. Acuérdome que los tiempos pasados deseaba con grande agonía (2) Rebeca, mujer de Isaac, tener hijos; y rogó su marido a Dios que se los diese, y luego concibió; y a cabo de ciertos días sintió dos hijuelos andar en su vientre, con tanta brega uno contra otro, como si fuera un torneo o batalla. Espantada de esta novedad y fatiga con sentir guerra dentro de sí, vase a su marido y dijole: *Si así había de pasar este negocio de tener hijos, no sé para qué los deseé, ni para qué concebí: ruégote que me digas ¿qué es esto, o qué significa? Pónese el marido en oración, y respóndele de parte de Dios: Que aquellos dos hijos significaban dos pueblos que saldrían de ellos; y que el mayor de aquellos niños serviría al menor, aunque el mayor era guerrero y combatidor de sus hermanos (Gen., 25. 21); y así sosegóse (3).*

Señora, si desea vuestra merced saber qué es lo que tiene, oiga: Dos hijos trae en su alma, y el uno pelea contra el otro, y dan pena a la madre. El uno es instinto e inspiración de Dios; el otro es tentación del demonio; y el uno es manso, lleno de paz; el otro es turbación y regaño. Consuela el uno a su madre en los trabajos que pasa, y dicele que se pasarán presto, y que más merece Dios que sufra por Él; y el otro dice que vida tan larga y siempre trabajos ¿quién los ha de llevar? El uno esfuerza, diciendo que Dios acabará lo comenzado; el otro desmaya y

(2) *Agonía*: ansia.

(3) Carta 90. n. 1.

trae desesperación, tanto, que fatigadas algunas madres con pelea tan cruda y continua, dicen: Si estos puertos hay que subir en el camino de Dios, ¿para qué me metí en este camino? Mas dice el varón por consejo de Dios, que no tema la buena mujer; que, de estos dos hijos, ha de prevalecer el menor, y mandar al mayor; y que con esta esperanza se consuele y sufra su trabajo. Primero, señora, tuvimos el mal pensamiento y el mal corazón que el bueno; y por eso el mal hijo es el mayor; y después viene el bueno, y ve ahí la guerra entre ellos. Mas como el bueno sea cosa de Dios y siempre vence, sepa toda criatura que siente esta guerra, que vencerá el menor al mayor, y le pondrá tan sujeto, que no ose rebullirse él, ni pensamiento que venga de él.

4. Por eso, señora, pues Dios ha vencido en vuestra merced hasta aquí, espere que vencerá de aquí adelante; y aprovéchese del ruin hijo para ver cuán ruin es la madre que le engendró. Ese hijo es propio suyo, y de ella sola; que el bueno infundido es por el Espíritu Santo; y suya es la gloria, no nuestra. En todo la sacaré Dios victoriosa, porque toca así a su honra. Con estos tormentos apurará (4) esa ánima, y la hará vaso escogido suyo, y sacará mil provechos si está atenta ella; y aprenderá a sufrir faltas ajenas, viendo cuán poco puede quitar las propias suyas hasta que las quita Dios; y acabarse ha de purgar de mil cosas, que sin tribulación ni prueba, no se pueden quitar ni entender; porque escrito está (*Eccli.*, 34, 9) que *el varón que no es tentado, ¿qué sabe?* Y de pedir leche de niña, vendrá a comer pan con corteza; y en lugar de lo que me envía a decir cerca de mi ida, me enviaría a decir palabras de grande, como Dios le ha enseñado que se han de decir. Esperando estoy este día para hacer fiesta en él, como lo hizo Abraham cuando destetó su madre a su hijo Isaac (*Gen.*, 21, 8). Mas si tan presto no viniere este día, no recibiré yo pesadumbre de *hacerme flaco con el flaco para ganarlo para Cristo* (1 *Cor.*, 9, 22). Y servir así o así, y todo el tiempo de mi vida, lo tendré por muy grande merced de Dios, como hasta aquí lo he tenido. Cristo la guarde debajo de sus alas. Amén

(4) *Apurará*: purificará.

97.—A LA MISMA.

Que el camino del cielo es la cruz, y cómo se llevará con alivio.

1. Señora: Ya sabe que no ha de costar poco el cielo; ya sabe que, unos de una manera y otros de otra, no se ha de salvar nadie sin cruz. Y que no está en manos del hombre escogerla, sino que ha de tomar la que el Señor da. Porque si el hombre la escogiese, ni le sería provechosa, ni se probaría la obediencia de la voluntad que a Dios se debe, sujetándonos a Él en lo que queremos y no queremos. Muy mejor sabe Él lo que nos envía, que nosotros lo sabemos pedir; y por esto hemos de pasar adelante, aunque sea por puertos muy agrios y agujeros muy estrechos que nos hagan sudar; y saliendo de una guerra, entrar en otra, y decir cada día: *Ahora comienzo* (Ps., 76, 11). Porque esta santa porfía es la que vence al demonio, y agrada al Señor. Porque no es arremetida, sino la larga perseverancia que cobija al hombre hasta su fin: como la vestidura que hizo Jacob a su hijo Josef (Gen., 37), que llegaba hasta el calcañar, cubriéndolo todo. Adelante, señora, adelante, que *por fuego y agua hemos de pasar al descanso* (Ps., 65, 12) Más merece el Señor que se pase por Él. Mucho más será el descanso que el trabajo; pues será mayor en calidad, y mayor en el durar. Todo lo de acá tiene fin; lo de allá no.

2. Los que se cansaron en el desierto, y se desmayaron, por ser el camino largo y duro, y los enemigos grandes como gigantes (Exod., 13, 29), desagradaron al Señor y fueron de Él desechados, porque se contentaban más de haber estado en Egipto en cautiverio que [de] haber salido tras el Señor por camino áspero; y perdieron sus trabajos pasados, por pereza de no sufrir los presentes. San Pablo cuenta de los trabajos de los Santos Patriarcas y Profetas (Hebr., 11) alabando en ellos mucho la longanimidad del corazón, que es una virtud que hace al hombre muy largo en el esperar, y nunca ahitarse de la tardanza de las promesas de Dios. Y por esto dijo Dios por Isaías (28): *El que creyere no se dé prisa*. Lo cual el Señor dijo porque, mandando anunciar por boca del Profeta la venida de su Unigénito al mundo quizá habría algunos que pensasen que había de ser a cabo

de pocos años; mayormente, como el Señor decía, que de ahí a poquito vendría. Avisales, pues, que no traten con Él, ni con sus promesas como hombres de corto corazón, oyendo hoy y esperándolo mañana, sino que sea su creer sin mucho aguijar, esperando luego lo prometido.

Baste, señora, que el camino que vuestra merced ha caminado ha sido por desierto; y como dice Jeremías (2, 6) *por tierra de sed, y que tiene imagen de muerte*. Y paréceme que el desierto no es acabado; más queda que andar. Y a las veces queda, al cabo de la jornada, una gran cuesta para subir a la ciudad adonde vamos; y al cabo de la copa de la purga suele estar lo que más amarga; y al cabo del cautiverio de Egipto fué la persecución mayor contra el pueblo de Dios, que nunca había sido. Y aunque por una parte dé esto desconsolación, porque parece agua caliente sobre quemadura, y viene sobre tanto cansancio, por otra es cosa que debe consolar, pues tras la cuesta está la ciudad, y acabado de beber el suelo de la purga, no hay más que beber; y tras la grande persecución de gitanos (1) viene la liberación de la mano poderosa de Dios, y uno es víspera de otro.

3. No conviene, señora, desmayar por la grandeza de los enemigos, no por sus astucias, no por tormentos que den; que tanto será más acepta a su Señor, cuanto más fuere perseverante en mayores tormentos por Él. En cruz conviene estar hasta que demos el espíritu al Padre; y vivos, no hemos de bajar de ella, por mucho que letrados y fariseos nos digan que descendamos, y que se seguirá provecho de la descendida, como decían al Señor (*Marc.*, 15). La cruz se tomó por Él, y Él la ha ayudado a llevar hasta ahora; y si alguna vez es tan pesada, que hace arrodillar, así también hizo a nuestro Señor; y no se maravillará Él que nuestra flaqueza arrodille, pues su gran fortaleza arrodilló; lo cual Él quiso hacer para que no desmayasen los flacos, cuando con el peso de los trabajos algunas veces les parece que, no pudiendo sufrir tanto, quedan atollados con tristeza y como con alguna desconfianza, y sin aquella alegría en el padecer que otras veces. Bien sabe el Señor nuestra masa, bien sabe nuestra mancha; que en la frente la traemos escrita para con Él; no se maravilla de nuestras flaquezas, y más ama nuestra humilde

(1) *Gitanos*: egipcios,

confesión de nuestra falta, que nuestro engrimiento con la justicia. Padre nuestro es, guía es de nuestro camino; aunque alguna vez se esconde a los caminantes, como la estrella a los Reyes, no por eso los dejó, que luego les tornó a enseñar su luz, con la cual se gozaron de gozo nuevo, como quien tenía tristeza por haberla dejado de ver.

4. Por estas mudanzas pasaron los siervos de Dios que ahora reinan con Él: ya con lumbre, ya a obscuras; ya con esfuerzo para vencer todo el mundo y todos los trabajos, ya con tanta flaqueza que una paja les parecía un quintal, y no podían pasar adelante, apesgados de su propia pesadumbre, y parecíanles cosa recia andar en estas mudanzas; y como dice Job (14): *Nunca permanecer en un estado mismo*; y David dice (Ps., 29): *Que a la tarde hay lloro y a la mañana alegría*; y otras veces hay tarde alegre, y mañana triste. Queramos o no, por esta mar hemos de navegar, que nunca está queda. Diferencia ha de haber de quien reina en la tierra firme del cielo, a los que navegamos en la mudanza continua de la mar. Y debemos contentarnos con que no huyamos de la guerra, aunque algunas veces nos hieran en ella; que, en fin, *no desechará Dios a su pueblo*, como dice David (Ps., 94); y se acordará del amor del desposorio cuando le siguió en el desierto (Jer., 2). No tiene el Señor olvidado lo que por Él ha pasado; no la tiene olvidada en lo que ahora pasa. En tormentos está por su honra y amor; Él sacará a puerto su nao, y ojeará los cuervos que vienen a ensuciar su sacrificio (Gen., 15, 1). Así trató a otros sus siervos acá, y así los libró y galardónó; y después cuentan con más alegría lo que acá más pena les dió.

Pensemos qué placer será del demonio si en sus manos nos asiese, y que burla haría de ver que goza él de nuestros trabajos; y por otra parte pensemos qué placer daremos al Señor y a sus ángeles en ser fieles en lo que nos puso, y con cuánto gozo *cantaremos las misericordias del Señor para siempre* (Ps., 88, 1) en el cielo por habernos librado de las miserias y lazos de aqueste suelo. Él sea luz y esfuerzo de vuestra merced, amén, para que todo lo pueda confortar por Él.

98.—A LA MISMA SEÑORA.

Animándola a lo mismo que en las pasadas.

1. Mi ánimo ama a la de vuestra merced, porque Dios la ama, y porque de su bien me ha de caber a mí no poca parte. San Pablo dice que aquellos a quien predicó eran *su gozo y su honra y su corona* (*Phil.*, 4, 1); porque recibiendo por su boca la palabra de Dios, habían mudado su vida y entrado en el camino de Dios. Y así daban muy grande gozo a San Pablo; porque allende que se alegraba del bien de ellos, esperaba también el galardón el día postrero, por haber sido instrumento mediante el cual Dios había ganado aquellas ánimas. Por eso les llama *corona*; porque así una como corona hermosa y honra la cabeza de quien se la pone, así los que fueren salvos por la predicación de uno le honrarán y alegrarán como hermosa corona de ricas piedras. Y siendo esto así, no es mucho de agradecerme que yo quiera el bien de su ánimo; porque el bien de ella es mío, por haber Dios héchome esta merced de me la haber dado por hija, y me la ha de dar por una de las piedras de mi corona, que en aquel día me dará, si yo perseverare en serle fiel en el llamamiento que me ha llamado.

2. Y porque, señora, es vuestra merced piedra que ha de poner en corona, quiere nuestro Señor labrarla muy bien; que no es razón que pongan en corona piedras toscas y de ningún valor; que aquéllas han de ir a los infiernos, pues no recibieron la labor y esmalte del espíritu del Señor. Mas *las piedras vivas*, de las cuales se edifica la celestial Jerusalén, son aquí labradas con tantos golpes, que parece que las quiere nuestro Señor quebrar, y que sin compasión les da golpes nuevos, aun antes que se haya quitado el dolor de los dados. Mas no las quiere quebrar, sino apurar (1); no destruir, sino hermosear y parar tales, que cuanto acá parecían más maltratadas, tanto más respandezcan el día postrero delante el acatamiento de Dios. Entonces parecerá misericordia lo que aquí parecía crueldad; y asentará Dios a sus piedras labradas cada una en su lugar, y en tan bienaventurado lugar, que el menor de ellos es de más estima que

(1) *Apurar*: purificar.